

PALABRAS DE RAFAEL ISIDRO QUEVEDO CAMACHO, PRESIDENTE DE LA ANIH, CON MOTIVO DEL FORO VIRTUAL SOBRE LOS 240 AÑOS DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Excelencia Reverendísima Cardenal Baltazar Porras Cardozo,
Académico Rafael Badell Madrid, Presidente de la
Academia Nacional de Ciencias Políticas y Sociales

Académico Luis Alfonso Sandía, Presidente de la Academia
de Mérida, Académico Fortunato González Cruz, Académico
Carmelo Ecarri Henríquez, Presidente de la Comisión
Económica de España, distinguidos académicos, invitados
especiales y participantes nacionales e internacionales,

Para la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat es
motivo de plácemes el inaugurar este ciclo mensual de foros
de intercambio científico, tecnológico, histórico y cultural,
como un puente de comunicación entre Europa y América,
por intermedio de instituciones prestantes del pensamiento
humano como son las Academias Nacionales, las
Universidades y otras instituciones de investigación y
docencia, que se ha establecido con base en el Convenio de
Cooperación suscrito entre nuestra Corporación y la
Academia de Mérida.

Hace ya setenta años, todavía como un niño, bajaba por la
Avenida Bolívar de la ciudad de Mérida rumbo al Liceo
Libertador, a mi primera clase en el inicio del bachillerato. De
camisa blanca, una corbata marrón claro con el retrato de
Bolívar y un paltó gris que formaban parte de la indumentaria
exigida para ingresar al liceo de aquel entonces, en plena
dictadura del general Pérez Jiménez. Al pasar el Palacio
Arzobispal y la última esquina de la plaza Bolívar miré a la
derecha con curiosidad a un grupo de jóvenes, que entre
lindas muchachas con el rostro sonrosado y varones
dicharacheros y sonrientes, caminaban hacia las puertas de la
Universidad de Los Andes que a mano derecha tenía sus
pórticos de acceso.

En mi mente ya ilusionada por la expectativa de ingresar al
bachillerato, nació de inmediato la de alcanzar el sueño de
ingresar a ese recinto que para los venezolanos de entonces
lucía poco menos que inalcanzable. Un primo que terminaba
el bachillerato en el mismo liceo me había comentado que para
entrar a la ULA había que pagar una matrícula de cien
bolívares, que en aquel tiempo era mucho dinero, además de
los libros y otros útiles, y para un joven venido de otro estado,
la residencia, la comida y otros gastos de vida, haciendo muy
distante la posibilidad del ingreso. Para aquellos tiempos, la
matrícula universitaria en todo el país no pasaba de 7.000 mil
estudiantes y sobraban dedos de una sola mano para contar
las universidades existentes: las dictaduras no se interesan por
el desarrollo humano y relegan la educación que es el
semillero de la libertad.

El destino me devolvió a Barinas, para terminar mi bachillerato
en el liceo O'Leary y de allí me lanzó al centro del país para

continuar en la Universidad Central, pero veinticinco años
después, el 16 de noviembre de 1979, por fin pude traspasar
aquellos portones del rectorado para entrar al auditorium
donde el Rector Magnífico Pedro Rincón Gutiérrez me hizo el
honor de sentarme a su lado en aquel imponente presidium, ya
como Viceministro de Agricultura y Cría, para presenciar el
grado de médico de mi hermano Ramón Arciό. Era para
entonces una universidad en pleno crecimiento y desarrollo.

Con el apoyo que el Sistema Democrático que prevaleció
durante la segunda mitad del siglo XX, la institución había
crecido notablemente, tanto en matrícula estudiantil, en
profesores y empleados, en confortables instalaciones que se
expandían junto con el crecimiento de la ciudad, que cuando
viví en ella se limitaba a un casco urbano desde el Hotel Prado
Río, en las afueras, calle arriba. hasta el Colegio y Seminario
San José, para dar paso a la carretera de tierra que continuaba
hasta Ejido y por los lados, entre los ríos Chama y Albarregas.
Ahora era una ciudad pujante, extendida por los valles cercanos
que antes eran cafetales y cañamelares. La ULA ya no albergaba
aquel reducido y privilegiado grupo de jóvenes de los años
cincuenta, la colmaban estudiantes de todos los pueblos
andinos, desde Trujillo al Táchira y de estados como el Zulia y
los llanos de Barinas, Portuguesa y Apure, sus alumnos se
contaban por miles y de allí egresaban venezolanos de todas las
profesiones para insertarse en el desarrollo nacional.

La Universidad era el corazón y también el pulmón y el
cerebro de una ciudad cuya economía giraba alrededor de la
Institución, con un impacto económico, social, profesional,
intelectual y cultural que ha hecho honor a la "*Ciudad de los
Caballeros*" proyectando saberes, obra científica, literaria,
artística y cultural hacia todo el país y bienestar económico y
social a sus habitantes. Con aquel rector, de feliz memoria,
tuve el honor de compartir después muchas horas de
relacionamiento y trabajo común en el Consejo Nacional de
Universidades y en la Asociación Venezolana de Rectores
Universitarios, la AVERÚ, para discutir asuntos de política
universitaria, fortalecer el sistema universitario venezolano y
convertir la mal llamada "*noche de los mordiscos*" en sesiones
racionales, basadas en indicadores, para de distribución del
presupuesto entre las ya muy numerosas universidades
nacionales y en asistir de nuevo, en compañía de los demás
rectores y miembros de aquel CNU a reuniones en la propia
ULA de la ciudad de Mérida, hasta el año 1985, cuando
entregué tan distinguido cargo.

Para entonces el Sistema Universitario Venezolano
funcionaba a plenitud. Las instituciones disponían de un
profesorado altamente capacitado, que en su carrera teníamos
el derecho de realizar posgrados en el exterior con una beca
suelo que con el bolívar bien valorado, alcanzaba de sobra

para realizar estudios de maestría y doctorado en las mejores universidades del mundo. El escalafón universitario era respetado y se aplicaban aumentos significativos de sueldo de una categoría a la siguiente hasta el nivel de titular, el profesor apreciado tanto por la universidad como por la sociedad, era un arquetipo de prestigio para estudiantes y para la vida social de las ciudades, su nivel de vida se equiparaba con la clase media alta, con la satisfacción plena de sus necesidades y posibilidades de desarrollo, era la cantera para ocupar cargos distinguidos en la administración pública y para orientar la vida nacional e igualmente los alumnos gozaban de un régimen de bienestar estudiantil, con becas para sus necesidades, un comedor universitario bien equipado, servicios médicos odontológicos y en general posibilidades de concentrar sus esfuerzos en los estudios y en el desarrollo personal en deportes, artes y actividades sociales y culturales para lograr la formación integral del ciudadano. Ya para 1.984, según la OPSU, existían 91 instituciones de educación superior, 4 universidades autónomas, entre ellas la ULA, 12 universidades nacionales experimentales, también de gran calidad académica y estructuras innovadoras, 9 universidades privadas, 7 institutos universitarios, de formación docente, los pedagógicos que dieron origen a la UPEL, 4 institutos politécnicos, que se integraron posteriormente en la Universidad Politécnica, 49 institutos superiores de tecnología y colegios universitarios, 4 de formación militar y dos universidades eclesiásticas, en un Sistema Universitario Nacional sólidamente estructurado con base en la Ley de Universidades.

Para mediados de los noventa, en 1994, según el INE, la matrícula universitaria era de 594.314 alumnos, con una base educativa de unos 600.000 niños en preescolar, cerca de 5.000.000 entre primaria y secundaria y para el año 2.000 la matrícula universitaria había saltado a 818.438, que junto a otras ramas se acercaba al millón de estudiantes.

Ya en la década de los noventa y con el inicio del nuevo siglo, mis visitas a la ULA se hicieron mas frecuentes. La realización de importantes eventos científicos, tecnológicos y educativos me convirtieron en asiduo visitante. Mi participación como invitado permanente en el Núcleo de Decanos de Ciencias del Agro, Mar, Forestales, Ambientales y Afines, me llevaron varias veces a sus instalaciones. Los decanos de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales y del Centro Internacional de Aguas y Tierras, el prestigioso CIDIAT, fueron mis nuevos anfitriones y con varios de ellos también participamos en las reuniones internacionales del Foro Regional Andino para el Diálogo y la Integración de la Educación Agropecuaria y Rural, el FRADIEAR, cuyas conferencias y recomendaciones regadas en 15 memorias a lo largo de estos 25 años, han servido para mejorar el diseño curricular de nuestras facultades, las actividades de investigación y extensión y para acercar a los líderes académicos de las ciencias agrícolas en la Región Andina.

Me complace participar ahora, en este foro, para celebrar los 240 años de esta histórica institución universitaria, cuyos orígenes, como lo señalan sus cronistas, se puede ubicar en

aquel 29 de marzo de 1785, cuando Frany Juan Ramos de Lora, Obispo de la diócesis de Mérida funda el Colegio Seminario, germinal plantel que con el tiempo da paso a la universidad, tal como le ocurrió también a la Universidad Central de Venezuela, con el Colegio Seminario Santa Rosa y en muchos países de América Latina, que dieron paso a las reales y pontificias universidades, que hoy constituyen la cadena entrelazada desde México hasta Argentina de instituciones universitarias de mayor tradición, alcance y proyección en nuestros pueblos. Tal como lo acordó el Consejo Universitario en los años ochenta, la fundación oficial de la Universidad de los Andes por decreto de la Junta Gubernativa de Mérida del 21 de Septiembre de 1.810, crea la Real Universidad de San Buenaventura de Mérida, al conceder al Seminario la facultad de expedir los títulos y diplomas en los campos del Derecho, la Medicina y Teología, como se estilaba para entonces, para continuar con su misión universal en el campo de la educación, la ciencia y la cultura.

Hago esta personal relación para expresar la satisfacción que siento ahora al compartir con tan distinguidos participantes en este foro, la celebración de los doscientos cuarenta años de la Universidad de los Andes, que ocurre en una etapa histórica de la vida del país acompañada por esta larga crisis que cada día se agudiza mas en un caos destructivo tanto de la estructura económico nacional como de sus bases y tradiciones republicanas, de su integración social, cultural y política e incluso de sus núcleo familiares, afectando todos los niveles, todos los sectores y todos los grupos etarios de nuestra población. En este huracán de destrucción que se lleva por delante valores, costumbres, estructuras jurídicas, símbolos y tradiciones, la moneda y la posición del país frente al mundo, también intenta destruir la institución de la universidad autónoma, democrática, científica, tecnológica, artística, cultural y de interés social, tratando de destruir en sus cimientos la vida universitaria, al dejar al descampado la suerte de sus profesores, de sus estudiantes, de la Comunidad Universitaria en General y de la Sociedad que interactúa con ella en una relación de intercambio y complementariedad.

La ULA, al igual que la Universidad Central, a la cual pertenezco, y otras que se yerguen sobre el oleaje de la tormenta, continúa mostrando sus fortalezas y haciendo de sus históricos cimientos la base sólida para avanzar en su sobrevivencia. Muchos de sus profesores se han ido, como ha ocurrido con las demás y también su matrícula estudiantil ha menguado por efecto de las mismas circunstancias. Miles de jóvenes se han ido del país y muchos de quienes se han quedado, ya no pueden acceder a la universidad, paradójicamente, no porque esta sea costosa sino porque sus familias se han empobrecido de tal manera que tienen que subsistir entrando muy jóvenes a un mercado de trabajo informal, con oficios no especializados para poder ganarse la vida o porque han visto la demostración existencial de que los graduados que egresan con un título profesional calificado y certificado por la calidad de la institución, no encuentran trabajo en el país y si lo logran el salario que reciben es tan miserable que tienen que recurrir a oficios y tareas informales para poder sobrevivir. Ese testimonio aleja a

muchos jóvenes bachilleres, que a su vez, cada día son menos por la deserción escolar, a ingresar a una universidad y muchos se van en busca de un mejor destino en una Diáspora llena de incertidumbre, de riesgos y de temerarias aventuras.

Es verdad que el proceso educativo continuó creciendo en los primeros años del siglo XXI, más bien en cantidad que en calidad, y la población educativa creció significativamente como la OCEI de entonces lo indicaba. Ya para el año 2005, la existencia de una población de preescolar de 800.000 niños, casi 5.000.000 entre básica y diversificada y 818.000 en educación superior, son logros importantes. Cifras que continuó creciendo hasta el 2012. Pero también es verdad que a partir de allí, se fue anidando la erosión de la enseñanza, tanto por el deterioro de la calidad de la misma, que avanzó aparejado con el de la calidad de vida, sueldos y salarios y tratamiento inapropiado de la población docente y el profesorado junto con la falta de mantenimiento de las edificaciones y equipos que han dado al traste con todo el sistema educativo nacional.

La Encuesta ENCOVI DE LA UCAB 2023 destaca que 2,6 millones de niños y adolescentes van irregularmente a sus planteles, la cobertura educativa global solo llega al 66 %; con una asistencia irregular entre 3 y 17 años del 40 % y que ya los adolescentes prefieren trabajar que estudiar porque no les parece de utilidad, porque la consideran de mala calidad, porque no les atrae, por falta apoyo y mal ambiente escolar.

Esta realidad obliga a repensar la estrategia para abordar la crisis educativa que afecta de manera sistémica tanto en calidad como en cantidad a la educación venezolana. Las universidades en su madurez actual y también en su crisis existencial tienen por delante grandes retos a los cuales responder. Es necesario repensar los paradigmas tradicionales con los cuales las universidades han venido funcionando, creciendo y consolidándose durante la segunda mitad del siglo XX.

Su casi total dependencia de los aportes presupuestarios del Estado para su funcionamiento ha demostrado su fragilidad y debilidad en la coyuntura actual. No resultará fácil ni sencillo encontrar un camino de mayor autonomía e independencia económica, la cual subordina el comportamiento de todas las demás variables estructurales del sistema. Frente a la política del Estado Venezolano de dar la espalda a las universidades, especialmente a las autónomas, estas deberían reencontrarse en la búsqueda de alianzas con el sector productivo nacional y con instituciones internacionales que mediante convenios, contratos de contraprestación de servicios o mediante la globalización de los procesos tanto educativos como de investigación y desarrollo permitan la obtención de fondos mediante la contraprestación de servicios y la obtención de productos de la investigación científica y tecnológica.

Tanto el papel de las autoridades universitarias y direcciones a todos los niveles como de los profesores deberían cambiar en el enfoque de sus roles, para asumir un

papel gerencial, emprendedor, donde el profesor además de cumplir con su papel docente, junto con los estudiantes pueda también emprender la ejecución de proyectos, de trabajos, de desarrollo de iniciativas con las cuales apoyados en la plataforma que brinda la institución en sus departamentos y cátedras, puedan ejecutar proyectos, prestar servicios y obtener productos que generen ingresos tanto para la institución como para los participantes en cada actividad. Habrá que revisar el perfil de la dedicación exclusiva, que de hecho ha sido modificada por la realidad.

Hay que mirar tanto la educación como los procesos de investigación con un enfoque globalizado e internacional, el trabajo interinstitucional, interdisciplinario, en redes nacionales e internacionales, incorporar los nuevos avances tecnológicos, el mundo fascinante de las comunicaciones, de la inteligencia artificial, de la innovación como motor del avance y el desarrollo, las asociaciones y consorcios de trabajo en equipo, el estímulo a la creatividad, a la imaginación, a la prospectiva, a la invención, a la flexibilidad curricular, a la modularidad y evaluación cambiante de los contenidos en las asignaturas, al uso de los nuevos métodos de pedagogía y aprendizaje, al ajuste de los horarios de clase del estudiante con horarios de trabajo para ganarse la vida, la educación a distancia y en línea, y en fin organizar comunidades de pensamiento y de acción que signifiquen modos operativos de organización para autofinanciarse. Repensar las estrategias educativas y los modelos organizativos sobre la base de nuevos compromisos y nuevos paradigmas, para mantener la esencia de la función universitaria como centro de pensamiento, investigación y desarrollo. Es necesario realizar muchos eventos de intercambio para encontrar soluciones propias a los problemas presentes y también relacionarse con otras organizaciones y de otros países para encontrar experiencias exitosas que puedan ser aprovechadas. Lo que no debe ser permitido es la derrota, la renuncia o la entrega. Necesario es que nos levantemos como intelectuales para encontrar caminos de desarrollo y nuevas modalidades de accionar para superar la etapa en la cual vivimos ahora.

Como presidente de la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat, saludo la realización de este foro sobre los 240 años de la Universidad de los Andes, como una oportunidad para estrechar nuestros lazos de cooperación y para fortalecer las experiencias de trabajo en común, de intercambio y apoyo mutuo para fortalecer nuestras instituciones. La ANIH mantiene un Convenio de Cooperación y de trabajo con la Academia de Mérida y es oportuno también el puente de comunicación y cooperación con la Universidad de los Andes, cuya presencia en el país es muy significativa y cuyo prestigio y calidad es mundialmente reconocida.

Larga vida y prestigio para la Universidad de los Andes, la ULA. Muchas gracias,

Caracas, 3 de abril de 2025.